

# EL DISCURSO ESCLERÓTICO\*

**Manuel Casado Velarde**  
*Universidad de Navarra*

“Se manejaba con fluidez e ignorancia en diversas lenguas”  
(Jorge Luis Borges, “El inmortal”)

“Hay palabras que se unen y crean.  
Su unión siempre es fecunda. Quien las tenga  
de huéspedes en el alma será salvo.  
Decirlas es perderlas. Viven dentro.  
Sus nombres son Silencio y Soledad.  
Y su fruto la paz. A veces nuestra”.

(José Antonio Muñoz Rojas, *Objetos perdidos*, Pre-Textos, Madrid, 2002, p. 41)

## 1. Introducción.

En las páginas que siguen anoto algunas consideraciones acerca de la necesidad de que todo discurso responsable se fragüe en el seno de la reflexión personal, lo que implica disponer de espacios —es decir, tiempos— de meditación, de silencio, de soledad, de lentitud; espacios que, con mayor o menor esfuerzo, puede conseguir quien se lo proponga seriamente; y que propician que un discurso que podría ser trivial e insignificante, se convierta en un discurso vigoroso y vivo.

El profesor José Luis Martínez Albertos ha manifestado siempre, con naturalidad, tanto de palabra como por escrito, una expresión lingüística llena de fuerza, transparente y chispeante. A él me remito como ejemplo de lo que quisiera decir en su homenaje.

Aunque la mayor parte de las consideraciones que siguen pueden aplicarse indistintamente al lenguaje escrito y al oral, me referiré específicamente al primero, es decir, al discurso escrito, si bien, como se sabe, lo escrito muchas veces se difunde y recibe de forma oralizada, o sea, dicho de palabra, en los medios de comunicación (radio, televisión, etc.) y en otros entornos comunicativos (conferencia, charla, etc.).

Por lo que se verá, las sugerencias que planteo no son aplicables indistintamente a todos los “géneros” de escritos. Están, más bien, pensadas teniendo en cuenta la redacción de textos en los que la elaboración personal del autor es decisiva o importante.

---

\* Publicado en M<sup>a</sup> Jesús Casals Carro (coord.), *Mensajes periodísticos y sociedad del conocimiento* (Libro homenaje al profesor José Luis Martínez Albertos), Madrid, Fragua, 2004, 513-520.

## 2. No hay pensamiento sin lenguaje.

En su ensayo “Defensa del lenguaje”, Pedro Salinas exponía, hace ya tiempo –Puerto Rico 1944--, con sencillez y belleza, algunos puntos centrales sobre el lenguaje y la aprehensión de la realidad. “El lenguaje es el primero, y yo diría que el último modo, que se le da al hombre de tomar posesión de la realidad, de adueñarse del mundo”<sup>1</sup>. “El lenguaje es necesario al pensamiento. Le permite cobrar conciencia de sí mismo. [...] El pensamiento hace el lenguaje y al mismo tiempo se hace por medio del lenguaje”<sup>2</sup>; de ahí “la importancia incalculable de conocer el propio lenguaje”. “No habrá ser humano completo, es decir, que se conozca y se dé a conocer, sin un grado avanzado de posesión de su lengua. Porque el individuo se posee a sí mismo, se conoce, expresando lo que lleva dentro, y esa expresión sólo se cumple por medio del lenguaje. [...] En realidad, el hombre que no conoce su lengua vive pobremente, vive a medias, aun menos. [...] Hay muchos, muchísimos inválidos del habla, hay muchos cojos, mancos, tullidos de la expresión”<sup>3</sup>.

Con razón suele decirse que lo que no se sabe expresar es que, en realidad, no se sabe. Si este principio lo aplicamos a la esfera personal del sujeto, cabe afirmar que “quien no sabe expresarse verbalmente o por escrito no se posee a sí mismo plenamente, no es del todo dueño de sí”<sup>4</sup>.

En esto coinciden teóricos del lenguaje, filósofos y antropólogos. Así, para el filósofo alemán Romano Guardini, “las cosas no ocurren como si yo primero tuviese en mí un conocimiento acabado y luego lo transmitiese mediante la palabra, sino que mi conocimiento se desarrolla durante el hablar mismo [...], porque el conocer mismo se plenifica continuamente en el hablar.”<sup>5</sup>

“Cuán incondicionalmente se copertenecen el hablar y el pensar –sigue diciendo el mismo autor– se demuestra por lo siguiente [...]: el pensar no solo utiliza el lenguaje, sino que desde el comienzo se realiza en un hablar interior.

En el transcurso del conocimiento se da desde luego una fase sin palabras, aquella en la que nos encontramos ante algo y somos influidos por su realidad y transportados por la pregnancia de su sentido a ese sentimiento que constituye el origen del filosofar: la admiración. Aquí no hay todavía habla alguna, sino sólo un quedar afectado en el silencio; y la impresión resulta tanto más fructífera cuanto más profundo es el silencio. [...]

Todo pensamiento articulado, todo pensamiento que tiene el carácter de elaboración y apropiación, se realiza bajo la forma de un hablar interior, representado. [...] Cuanto más vivo, rico y claro es un lenguaje, tanto mejor puede el ser humano pensar, obtener articulada una comprensión capaz de hacer suya la plétora de la realidad.”<sup>6</sup>

## 3. Pienso mejor cuando lo pongo por escrito.

Lo que acabo de transcribir posee muchas manifestaciones. Una de ellas, comprobada por todo el que tenga la experiencia de expresar por escrito

---

<sup>1</sup> P. Salinas, *El defensor*, Barcelona, Península, 2002, p. 364.

<sup>2</sup> P. Salinas, *El defensor*, p. 365.

<sup>3</sup> P. Salinas, *El defensor*, pp. 366-367.

<sup>4</sup> Adela Cortina, *ABC Cultural*, 21.3.97, p. 63.

<sup>5</sup> Romano Guardini, *Ética. Lecciones en la Universidad de Múnich*, Madrid, BAC, 1999, p. 554.

<sup>6</sup> Romano Guardini, *Ética...*, pp. 559-560.

un discurso mínimamente elaborado, es la utilidad –más: la necesidad— de plasmar por escrito lo que se va pensando, con el fin de saber con precisión lo que realmente se piensa, el progreso y el desarrollo discursivo, su concatenación y congruencia.

Esta práctica acaba por enriquecer a quienes la siguen con unos hábitos intelectuales de rigor, de orden y de coherencia que fácilmente echamos de menos en quienes no los poseen. El gran intelectual británico John Henry Newman afirmaba que la escritura es esencial para la formación del intelecto. Una inteligencia se forma no a base de generalidades, sino de “accuracy of thought”<sup>7</sup>, es decir, de precisión. “Hasta que uno no pone por escrito lo que piensa sobre un tema, no puede distinguir lo que sabe de lo que no sabe”<sup>8</sup>. Se sabe algo cuando se escribe eso que se cree saber, no antes. Esto se lo confiaba Newman, en carta (12.3.1871), a su amigo Edward Bellasis: “I think best when I write. I cannot in the same way think when I speak”<sup>9</sup>.

La trascendencia de este hábito intelectual en la formación de los universitarios debería hacer reflexionar a quienes nos ocupamos de impartir docencia, en cualquier titulación y nivel, en la Universidad. En la medida en que los nuevos medios facilitan el acceso de los estudiantes a los contenidos (bases de datos, internet, etc.), quizá el profesor pueda centrar más su tarea en el logro de las destrezas discursivas antes citadas, que permiten evaluar, estimular y desarrollar la madurez intelectual.

#### 4. El discurso se gesta en el silencio.

Los tratadistas de Retórica, desde la Antigüedad clásica hasta nuestros días, señalan como primera fase en la producción de un discurso la *inventio*, es decir, la recolección de los asuntos (contenidos, ideas) sobre los que versará la intervención oral o escrita (que tendrá siempre en cuenta los destinatarios, finalidad, circunstancias, etc.). Ese cuerpo de contenidos necesita una adecuada ordenación o disposición (*dispositio*) en función del propósito que se pretenda alcanzar con el discurso. Estas dos primeras fases de la elaboración de un texto, de una intervención, son decisivas y precisan un particular esfuerzo intelectual, creativo.

La experiencia unánime de quienes se ocupan con solvencia de la elaboración de textos (no sólo los autores literarios) apunta a la necesidad perentoria de aislamiento, de recogimiento, con el corolario de silencio y de sosiego<sup>10</sup>. Los grandes escritores, y los creadores en general, han estado siempre ansiosos de poder “enriquecer sus confusos objetos íntimos en largos días y noches sin hablar”<sup>11</sup>. Y esta exigencia se debe a que la reflexión

---

<sup>7</sup> J. H. Newman, *The Idea of a University*, Oxford, Oxford U. P., 1976, p. 273.

<sup>8</sup> J. H. Newman, *The Idea...*, p. 341 (trad. de V. García Ruiz).

<sup>9</sup> *Apud* V. García Ruiz, “*Cor ad cor loquitur*. El poderoso lenguaje de John Henry Newman”, en *Scripta Theologica*, 33, 2001/2, 441-462, p. 443.

<sup>10</sup> “Acaso la prisa –escribe Ignacio Sánchez Cámara— sea uno de los males de nuestro tiempo, uno de los más reveladores síntomas de debilidad intelectual y moral. Si es cierto, como afirmó Ortega, que prisa tienen sólo los enfermos y los ambiciosos, esta sería una época enferma y ambiciosa o, tal vez, enferma de ambición. Sin embargo, pocas cosas valiosas se han hecho sin el concurso de la lentitud. Homero escribió que los molinos de los dioses muelen despacio”. (“La lentitud”, *ABC*, 24.8.2002, p. 8).

<sup>11</sup> R. M. Rilke, “Sobre el poeta joven” (1913), en *Teoría poética*, Madrid, Júcar, p. 219. “La lanzadora de dardos, la soledad” (Rilke, “El testamento”, id., p. 226).

personal es lo primero, e insustituible, en la gestación de todo mensaje lingüístico que revista una mínima trascendencia. El esfuerzo introspectivo de indagar en lo que uno sabe sobre el tema de que se trate —en una época en que el buscador de internet está siempre al alcance de un *click*— se ve siempre recompensado con creces. En una etapa posterior, puede ser útil también acudir a las ideas ajenas para completar, precisar, contrastar, etc. Pero el momento germinal interno, si se desea hablar con voz propia, no es algo prescindible.

## 5. Sobre el arte de callar.

En los oídos de nuestros contemporáneos se aprecia un *horror vacui* general, una huida del silencio. Hay miedo a quedarse solos, a encontrarse de frente con uno mismo. Igual que hay bebedores y comedores compulsivos, y jugadores y compradores, también hay habladores compulsivos. ¿Quién no se ha sorprendido alguna vez a sí mismo en ese trance? Uno se echa a rodar por las palabras, deslizándose por los caminos gastados que llevan de unas a otras, y —en el peor de los casos— logra consumir su turno, que es de lo que en realidad se trataba.

Necesitamos compulsivamente el runruneo de la radio o de la televisión o de la música; en todas partes, a todas horas: en casa, en el coche, en el despacho; caminando, trabajando, en la cama. La defensa luminosa del silencio que hacía Juan Ramón Jiménez en 1939 cobra hoy más actualidad que nunca, cuando la radio y los televisores han invadido los lugares de sosiego más íntimos, de manera que el espacio dedicado al sueño queda encajonado, en abrupto contraste, entre las imágenes chirriantes de la televisión y la cháchara mañanera de la radio:

Llega la noche, y, con ella, el silencio bastante de la calle, de la casa. Momentos relativos en que el hombre de trabajo y de espíritu puede recojerse, por fin y un poco más, en sí mismo, a terminar plenamente su día, a saldar su alma para abrirla nueva al día siguiente; la hora de la higiene mental, del examen de conciencia: pensamiento y sentimiento; instantes mejores del recuerdo, instantes de la posible paz. Y en ese mismo instante un altavoz irrumpe a toda potencia en los sentidos de su alma y su cuerpo y con toda su boca abierta le grita guerra, le dispara dinamita, le vomita metralla, le inhala gases, en forma de chascarrillo idiota, de emoliente cantungueo, de falso *'bel canto'* de paleta anuncio inútil. Sí, y esa es la guerra, ése es el comienzo de la guerra. Porque el hombre de espíritu, si no fuese por su espíritu, apagaría los fuegos del altavoz y de sus 'servidores' con una bomba máxima, aunque tuviese que ir luego a trabajar a la horca, esa deleitable reina del silencio.<sup>12</sup>

A los efectos de no dejarse expropiar la vida, tan decisivo es aprender a callar uno mismo, como a hacer callar —apagar los aparatos—, esa sabia decisión de *prescindir* que nos protege de injerencias e intrusismos.

Hace poco me topé con un libro titulado *El arte de callar*, que me llamó la atención. Aunque, en realidad, me decepcionó, copié textualmente estos "Principios necesarios para callar:

1. Sólo se debe dejar de callar cuando se tiene algo que decir más valioso que el silencio. [Cfr. la disyuntiva clásica *Aut tacere aut loquere meliora silentio*].

2. Hay un tiempo para callar, igual que hay un tiempo para hablar.

---

<sup>12</sup> Juan Ramón Jiménez, *El trabajo gustoso*, Madrid, Aguilar, 1961, p. 23.

3. El tiempo de callar debe ser el primero cronológicamente; y nunca se sabrá hablar bien, si antes no se ha aprendido a callar.”<sup>13</sup>

En el siglo XX, el ya mencionado Guardini fue un maestro en el arte del “silencio creador”.

“Aprendamos –escribía– el arte de callar. De entrada, no decir nada de lo que no estemos seguros. Pero también de cuando en cuando callar aunque estemos convencidos de tener razón, y en vez de hablar, escuchar y reflexionar.

Y después busquemos a veces la soledad, lejos de la gente. Solos en un viaje, solos en nuestra habitación, solos en una iglesia silenciosa. Y allí callar a fondo. Hay también un parloteo interior. También ese debe cesar. Dios está ahí, y mi conciencia. Y entonces meditamos con tranquilidad sobre un asunto importante. Pero dejando hablar a las cosas mismas. Esto es: las miramos, les abrimos nuestro corazón, tratamos con todo cuidado de llegar a saber cómo son realmente. Después, cuando tengamos que hablar, eso hará a nuestras palabras más plenas y verdaderas. [...] Así es como en la soledad aprendemos a estar entre las personas de la manera correcta. Y el silencio nos enseña a hablar bien”<sup>14</sup>. “Callar es más que no hablar. Callar es plenitud, hace que pueda haber plenitud. Guardar silencio es para la vida del hombre lo que es la caja de resonancia para una cuerda que vibra”<sup>15</sup>.

Muchos otros pensadores y literatos del siglo pasado, durante el que se aceleró y agitó de forma particular la vida, avisaron de la fecundidad del silencio y del sosiego. Sin embargo, qué frecuentemente comprobamos lo acertado de la afirmación de Ortega: “Cuando los hombres no tienen nada claro que decir sobre una cosa, en vez de callarse suelen hacer lo contrario: dicen en superlativo, esto es, gritan. Y el grito es el preámbulo sonoro de la agresión, del combate, de la matanza. *Dove si grida non è vera scienza* –decía Leonardo--. Donde se grita no hay buen conocimiento”<sup>16</sup>.

Los poetas, como siempre, dan en el clavo:

“Inocencia y no ciencia:  
para hablar aprende a callar”<sup>17</sup>.

## 6. La Verdad no se encuentra en el tumulto.

Todos tenemos la experiencia de haber entrado de pronto en un lugar cerrado, con poca luz, tras haber estado al sol. La inicial sensación de oscuridad, casi de ceguera, sólo la vamos superando poco a poco, con el paso del tiempo, hasta que llega el momento en que las cosas van emergiendo de la lobreguez y mostrando su identidad. Con los objetos de nuestra reflexión sucede algo parecido: sólo van manifestando sus perfiles y su verdad a medida

---

<sup>13</sup> Abate Dinouart, *El arte de callar*, Madrid, Siruela, 1999, p. 51.

<sup>14</sup> R. Guardini, *Cartas sobre la formación de sí mismo*, Madrid, Palabra, 2000, p. 30.

<sup>15</sup> R. Guardini, *apud* A. López Quintás, *Romano Guardini, maestro de vida*, Madrid, Palabra, 1998, p. 78.

<sup>16</sup> J. Ortega y Gasset, “Ensimismamiento y alteración”, en *El hombre y la gente*. vol. I, Madrid, Revista de Occidente, 1964, 4ª ed., p. 31.

<sup>17</sup> Octavio Paz, *Lo mejor de Octavio Paz. El fuego de cada día*, Barcelona, Seix Barral, 1989, p. 113.



muerto. Es puro caparazón, cáscara vana. Y abunda. No sólo en el lenguaje oral (radio, televisión, conversaciones...) sino también en el escrito. Se reconoce en el empleo de frases gastadas, de lugares comunes, de palabras de moda. En él menudea la palabra abstracta<sup>22</sup>, de apariencia culta, de significante largo y empleo polivalente.

Ya C. S. Lewis percibió y expresó con lucidez esta “decadencia” del lenguaje en su poema “The Country of the Blind” (1951), en el que pinta una raza de hombres cuya visión se ha atrofiado tanto que empiezan a usar palabras, heredadas del pasado, de una manera completamente vacía de la intuición metafórica que las originó<sup>23</sup>. Esa decadencia del lenguaje adquiere, según Lewis, dos formas principales: por una parte, una uniformidad y agostamiento del significado de las voces, que las torna aptas para que los políticos dominen a las masas; por otra, un sensualismo sensacionalista y seductor<sup>24</sup>.

El uso de tópicos, la cháchara, la verborrea, decía F. Kafka, aíslan y nos aíslan de la realidad, nos impermeabilizan frente a ella. Y eso “es debido al estiércol de las palabras e ideas gastadas, más fuertes que un grueso blindaje. [...] Por eso la verborrea es el baluarte más fuerte del mal. Es el conservante más duradero de todas las pasiones y estupideces”<sup>25</sup>. En ese lenguaje “que nunca toca tierra”<sup>26</sup> no resulta fácil distinguir impresión y realidad, lo que representa una forma de discapacidad: porque “el camino que va de la impresión al conocimiento acostumbra a ser muy duro y largo”<sup>27</sup>.

En el discurso argumentativo esa pereza mental se disfraza a veces de descalificación personal, de insulto. No medir el alcance de las palabras —dice Kafka— “contribuye a demoler la mayor invención del hombre, el lenguaje. Quien insulta injuria al alma. Es un atentado contra la piedad que también cometen quienes no miden correctamente sus palabras. Y es que hablar quiere decir medir y precisar. La palabra es una decisión entre la vida y la muerte”<sup>28</sup>. El discurso ligero e irresponsable provoca la desconfianza mutua, produce disgregación social. Aniquila el lenguaje. “Y ese es un crimen muy grave. Una herida en el lenguaje es una herida en los sentimientos y en el cerebro, es un

---

<sup>22</sup> “Mal escrito. Falta vida. / Las abstracciones no ocultan / Su propósito homicida.” (J. Guillén, *Aire nuestro y otros poemas*, Madrid, Anaya y M. Muchnik, 1993, p. 198).

<sup>23</sup> Cfr. Gregory Wolfe, “Essential Speech: Language and Myth in the Ransom Trilogy”, en P. J. Schakel y Ch. A. Huttar (eds.), *Word and Story in C. S. Lewis*, Columbia and London, Univ. of Missouri Press, 1991, 58-75, p. 64.

<sup>24</sup> “Both errors —comenta G. Wolfe— might be seen as failures to integrate soul and body; indeed, they are opposite sides of the same coin. Abstraction is the result of attempting to live like the angels, who apprehend essences without the mediation of the senses. But men who succumb to this temptation become radically alienated from experience and prone to inhuman ideologies. False sensuality —men imitating beasts— consists of the illusion that a diet of clever and appealing images is something that men can live on. But this form of materialism ends in the same hollowness and brutality as abstraction. The true balance of soul and body implies an acceptance of the limitations of the human condition. It is an integration that is modeled after the Incarnation itself, the union of heaven and earth in the *Logos*. For Lewis, the Incarnation stands between the extremes of mythic and rationalistic consciousness; our dilemma is that we have lost the incarnational imagination that once suffused Western culture”. (“Language...”, p. 65).

<sup>25</sup> Janouch, *Conversaciones...*, p. 123.

<sup>26</sup> “Todo va reduciéndose a lenguaje / Que nunca toca tierra.” (J. Guillén, *Aire nuestro y otros poemas*, Madrid, Anaya y M. Muchnik, 1993, p. 183).

<sup>27</sup> Janouch, *Conversaciones...*, pp. 86-87.

<sup>28</sup> Janouch, *Conversaciones...*, p. 87.

oscurecimiento del mundo”<sup>29</sup>. Ya lo dijo nuestro Rey Sabio: “El mucho hablar faze envilecer las palabras” (Alfonso X el Sabio, *Partidas*, libro V, tit. II, 11).

## 8. La fuente está en ti: cava cada vez más hondo.

Nuestra aportación más valiosa y original, la más propiamente nuestra, es siempre la que se ha fraguado más de dentro de nosotros mismos.

“La persona debe aprender a detectar y atender al destello de luz que cruza su mente por dentro en lugar de admirar el lustre del firmamento con sus bardos y sabios. Sin embargo, el hombre rechaza su propio pensamiento sin dudarlo, y lo rechaza porque proviene de sí mismo. En cada obra del genio reconocemos los pensamientos que hemos descartado: vuelven a nosotros con una cierta majestuosidad ajena. Esta es la lección que nos enseñan las grandes obras de arte. [...] Nosotros apenas expresamos la mitad de lo que somos y nos avergüenza la idea divina que cada uno representa. [...] Un hombre sólo reposa y se alegra cuando ha puesto toda su alma en su trabajo, cuando lo ha hecho lo mejor que sabía; sin embargo, lo que ha hecho o dicho de otro modo no le dejará descansar”<sup>30</sup>.

Pero para poder aportar lo más personal y propio se necesita saber beber en el más escondido manantial de uno mismo; buscar y encontrar la propia voz. Esto sólo se consigue con lo que los clásicos denominaban *otium* – que no equivale a lo hoy llamamos *ocio*-- y con esa soledad tan ansiada de escritores y artistas. Porque, como ya sentenció de manera paradójica el sabio Catón en la Antigüedad clásica, “Nunca se está más activo que cuando no se hace nada, / nunca menos solo que cuando se está solo”<sup>31</sup>.

Hoy hay muchas personas que no saben estar solas, afirmaba el escritor e intelectual francés Gustave Thibon. Y esas personas “sólo viven de intercambios superficiales con el mundo exterior. Cuando están solos, no están solos, están aislados”. Los manantiales profundos, que son la naturaleza y Dios, “manan en nosotros y depende de nosotros que nos abramos o que nos cerremos a su presencia vivificante [...]. Es lo que expresa Marco Aurelio: ‘La fuente está en ti; cava cada vez más hondo y brotará siempre’. Pero si uno vive en superficie, el desierto sobreviene muy pronto. La fuente está en las profundidades.”<sup>32</sup>

Nuestra mayor originalidad, la aportación más valiosa que podemos realizar a nuestra vida y a las vidas de los demás, la conquistamos a golpe de soledad, o sea, de esos espacios de reflexión, de meditación, de lentitud a los que me vengo refiriendo. Todo aquello que vamos logrando ser –en la vida como en el trabajo propiamente creativo– se lo arrancamos, muy penosamente, según Ramón Gaya, a la soledad. Es cierto que la soledad no nos da nada, pero nos permite ser por nosotros mismos.<sup>33</sup>

Antes lo había dicho Cervantes: “Las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfección que requieren” (*El Quijote*). Lo precipitado es

---

<sup>29</sup> Janouch, *Conversaciones...*, pp. 111-112.

<sup>30</sup> Ralph Waldo Emerson, “La confianza en uno mismo”, *Ensayos*, Austral, 2001, pp. 64-65.

<sup>31</sup> “Numquam se plus agere quam nihil cum ageret, numquam minus solum esse quam cum solus esset”.

<sup>32</sup> G. Thibon, *Entre el amor y la muerte*, Madrid, Rialp, 1977, p. 130.

<sup>33</sup> Cfr. *Abc Cultural*, 31.12.92, p. 16.

insignificante. Por eso Juan de Mairena tenía la “costumbre de someter a lazareto de reflexión las preguntas que se le dirigían, antes de contestarlas.”<sup>34</sup>

## 9. Lo más personal, lo más original.

No hay dos seres humanos idénticos: ya de partida, cada cual posee unas particulares aptitudes, sensibilidad, facultades que llamamos naturales; luego hay que añadir el desarrollo de esas posibilidades congénitas, a través de la cultura, el entorno familiar y social, los hábitos, la experiencia. En cada persona el mundo, los acontecimientos, los demás, despiertan resonancias singulares, irrepetibles. Afinar la propia sensibilidad y capacidad de respuesta es contribuir —y de manera insustituible, por cierto— a enriquecer la propia personalidad y, como consecuencia, la aportación al bien común y a la armonía social.

Con la palabra *original*, *originalidad*, no me refiero, claro, a un creativismo romántico, sacralizado, rival de la *mimesis*. Entiendo la originalidad en términos de integración personal lograda de todo lo que constituye la vida de un ser humano<sup>35</sup>, la sabiduría; dicho con palabras de C. S. Lewis: la “rectitud y riqueza de la respuesta global de un hombre al mundo”<sup>36</sup>. Y esa rectitud y riqueza se miden, según el mismo autor, por la tradición moral humana, una tradición en la que convergen platónicos, aristotélicos, estoicos, judíos (la Ley de Moisés), cristianos y orientales (la armonía con la Naturaleza de Confucio), y a la que denomina —utilizando un concepto chino-- “el Tao”<sup>37</sup>.

Un discurso que surge de un hontanar de autenticidad es siempre original. Un discurso habitado en plenitud por la verdad de la vida de quien habla es lo máximamente vivo, vigoroso y original.

---

<sup>34</sup> A. Machado, *Poesía y prosa*, Madrid, Espasa Calpe y Fundación Antonio Machado, 1989, IV, p. 2327. Los testimonios concordantes con el clásico *Ars longa, vita brevis* se podrían acumular *ad infinitum*. Valga como ejemplo gráfico la conocida respuesta del poeta norteamericano Walt Whitman “La inspiración, señora, es trabajar ocho horas diarias”.

<sup>35</sup> Cfr. A. Llano, *La vida lograda*, Barcelona, Ariel, 2002.

<sup>36</sup> C. S. Lewis, *A Preface to Paradise Lost*, London, Oxford University Press, 1942, p. 53.

<sup>37</sup> C. S. Lewis, *The abolition of man*, pp. 15-16. “Until quite modern times all teachers and even all men believed the universe to be such that certain emotional reactions on our part could be either congruous or incongruous to it —believed, in fact, that objects did not merely receive, but could merit, our approval or disapproval, our reverence, or our contempt” (*The abolition...*, p. 14).